

Tillie Cole



Un beso dura un instante.
Pero mil pueden durar toda una vida.

mī

Tillie Cole

MIL BESOS TUYOS

Traducción de Mariana Hernández Cruz

m̄

Título original: *A Thousand Boy Kisses*

© Tillie Cole, 2016

© por la traducción, Mariana Hernández Cruz, 2017

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2017

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-270-5025-9

Depósito legal: B. 7.773-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Corazones rotos y frascos con besos

Poppy (ocho años)
Hace nueve años

—¿Adónde vamos, papi? —pregunté mientras él me llevaba con cariño de la mano hasta el coche. Me giré y observé el colegio mientras me preguntaba por qué había venido a recogerme tan temprano. Apenas era la hora del recreo, se suponía que todavía no era el momento de irse.

Papá no dijo nada mientras caminábamos, solo me apretó la mano. Escudriñé la verja del colegio con una sensación extraña en el estómago. Me encantaba la escuela, me encantaba aprender, y más tarde teníamos Historia, que, sin duda, era mi asignatura favorita. No me quería perder la clase.

—¡Poppy! —Rune, mi mejor amigo, estaba detrás de la verja y sujetaba las barras metálicas con fuerza mientras me veía irme—. ¿Adónde vas? —gritó. En clase me sentaba a su lado. Siempre estábamos juntos, y el colegio no era tan divertido cuando uno de los dos faltaba.

Me volví para mirar a mi padre a la cara en busca de respuestas, pero él no me devolvió la mirada. Permaneció en silencio.

—¡No lo sé! —le grité a Rune.

Él me observó todo el camino hasta que llegamos al coche. Subí a la parte de atrás y me senté en el alizador; mi padre me abrochó el cinturón.

Oí el silbato que anunciaba el final del recreo en el patio de la escuela. Por la ventana vi que todos los niños volvían a clase corriendo. Todos menos Rune, que se quedó mirándome desde la verja. Su cabello largo y rubio volaba al viento cuando articuló con los labios «¿Estás bien?», pero mi padre se subió al coche y arrancó antes de que yo tuviera la oportunidad de contestarle.

Rune corrió a lo largo de la verja, siguiendo a nuestro coche, hasta que llegó la señorita Davies y lo obligó a entrar en clase.

—¿Poppy? —dijo mi padre cuando perdimos de vista la escuela.

—Dime, papi —contesté.

—Sabes que la abuela lleva un tiempo viviendo con nosotros, ¿verdad?

Asentí. La abuela se había mudado al cuarto que estaba enfrente del mío hacía poco. Mi madre me había dicho que era porque necesitaba ayuda. El abuelo murió cuando yo era solo un bebé, y la abuela había vivido sola durante años hasta que vino con nosotros.

—¿Te acuerdas de que mamá y yo te explicamos por qué la abuela ya no podía vivir sola?

Cogí aire por la nariz y murmuré:

—Sí, porque necesita nuestra ayuda. Porque está enferma.

El estómago me dio un vuelco mientras hablaba. Mi abuela era mi mejor amiga. Bueno, ella y Rune estaban empatados en el primer puesto. La abuela decía que yo era exactamente igual que ella.

Antes de que enfermara, vivíamos muchas aventuras. Todas las noches me leía sobre los grandes exploradores del mundo. Me hablaba de historia, de Alejandro Magno, de los romanos y, mis favoritos, de los samuráis de Japón. También eran sus preferidos.

Ya sabía que la abuela estaba enferma, pero ella nunca actuaba como si lo estuviera. Siempre sonreía, me abrazaba muy fuerte y me hacía reír. Decía que ella tenía rayos de luna en el corazón y la luz del sol en la sonrisa. Me contó que eso quería decir que era feliz.

También me hacía feliz a mí.

Sin embargo, en las últimas semanas dormía mucho. Estaba demasiado cansada para hacer casi cualquier otra cosa. De hecho, la mayoría de las noches yo le leía a ella, y ella me acariciaba el pelo y me sonreía. Y a mí me parecía bien, porque las sonrisas de la abuela eran las mejores.

—Así es, cariño, está enferma. De hecho está muy muy enferma. ¿Lo entiendes?

Fruncí el ceño, pero asentí y respondí:

—Sí.

—Por eso nos vamos a casa temprano —me explicó—. Te está esperando. Quiere verte. Quiere ver a su nieta.

No entendía por qué mi padre tenía que llevarme temprano a casa para visitar a la abuela, si lo primero que hacía cada tarde después de clase era entrar a su cuarto y hablar con ella mientras estaba acostada. Le gustaba que le contara todos los detalles del día.

Dimos la vuelta en nuestra calle y aparcamos en la entrada de casa. Durante unos segundos, mi padre no se movió, pero luego se volvió hacia mí y me dijo:

—Ya sé que solo tienes ocho años, cariño, pero hoy tienes que ser una niña mayor y valiente, ¿de acuerdo? —Asentí. Mi padre me sonrió con tristeza—. Esa es mi chica.

Salió del coche y caminó hasta mi asiento, en la parte de atrás; luego me cogió de la mano, me ayudó a salir y me acompañó a casa. Me di cuenta de que había más coches que de costumbre. Justo iba a abrir la boca para preguntar de quiénes eran cuando la señora Kristiansen, la madre de Rune, cruzó el jardín que separaba nuestras casas con un plato de comida en las manos.

—James —llamó, y mi padre se volvió para saludarla.

—Adelis, hola —respondió. La madre de Rune se detuvo delante de nosotros. Ese día llevaba suelta la larga melena rubia, del mismo color que el pelo de Rune. La señora Kristiansen era muy guapa, yo la adoraba. Era amable y siempre me decía que yo era la hija que nunca había tenido.

—Os he preparado esto. Por favor, dile a Ivy que estáis todos en mis pensamientos.

Mi padre me soltó la mano para coger el plato.

La señora Kristiansen se agachó para darme un beso en la mejilla.

—Pórtate bien, Poppy, ¿vale?

—Sí, señora —contesté, y la observé mientras regresaba a su casa atravesando el jardín.

Mi padre suspiró y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. En cuanto entramos por la puerta principal, vi a mis tías y tíos en los sofás, y a mi primo en el suelo del salón entretenido con sus juguetes. Mi tía Silvia estaba sentada con mis hermanas, Savannah e Ida. Eran más pequeñas que yo, solo tenían cuatro y dos años. Me saludaron con la mano cuando me vieron, pero mi tía Silvia las mantuvo sentadas en su regazo.

Nadie hablaba, pero muchos se enjugaban los ojos; la mayoría lloraba.

Yo estaba muy confundida.

Me abracé a la pierna de mi padre y me aferré a él con fuerza. Había alguien en la puerta de la cocina; era mi tía Della, DeeDee, como siempre la llamaba. Sin duda era mi tía favorita. Era joven, divertida y siempre me hacía reír. Aunque mi madre era mayor que ella, se parecían mucho. Las dos tenían el cabello castaño y los ojos verdes, como yo, pero DeeDee era guapísima. Yo me moría por parecerme a ella algún día.

—Hola, Pops —me saludó, pero me di cuenta de que tenía los ojos rojos y su voz sonaba rara. DeeDee vio a mi padre, le cogió el plato que llevaba en la mano y le dijo—: Ve con Poppy, James. Ya casi es hora.

Me fui con mi padre, pero me volví porque me di

cuenta de que DeeDee no nos seguía. Cuando abrí la boca para llamarla, ella se dio la vuelta de repente, dejó el plato en la mesa de la cocina y apoyó la cabeza en las manos. Estaba llorando con tanta fuerza que le salían ruidos estridentes de la boca.

—¿Papi? —murmuré con una sensación rara en el estómago. Él me rodeó los hombros con el brazo y me llevó con él a un rincón apartado.

—No pasa nada, cariño. DeeDee solo necesita estar unos minutos a solas.

Fuimos hasta el cuarto de la abuela. Justo antes de que mi padre abriera la puerta, me dijo:

—Mamá está dentro, cariño, y también Betty, la enfermera de la abuela.

—¿Por qué hay una enfermera? —Fruncí el ceño.

Mi padre abrió la puerta de la habitación, y mi madre se levantó de una silla que estaba junto a la cama de la abuela. Tenía los ojos rojos y el pelo alborotado. Y ella jamás iba despeinada.

Al fondo del cuarto vi a la enfermera, que escribía algo en una libreta. Cuando entré, me sonrió y me saludó con la mano. Después miré hacia la cama. La abuela estaba acostada. El estómago me dio un vuelco cuando vi que le salía una vía del brazo, con un tubo transparente que iba hasta una bolsa colgada de un gancho metálico a su lado.

Me quedé paralizada y de repente sentí mucho miedo. Después mi madre se acercó a mí y la abuela me miró. Tenía un aspecto muy diferente al de la noche anterior; estaba más pálida y los ojos no le brillaban tanto.

—¿Dónde está mi nieta querida? —Su voz sonaba tranquila aunque algo rara, pero la sonrisa que me dirigió me hizo sentir su calor. Me hizo reír y enseguida me acerqué a su cama.

—¡Aquí estoy! He salido antes del cole para verte. La abuela levantó un dedo y me tocó la punta de la nariz.

—Esa es mi niña.

Como respuesta, le regalé una sonrisa de oreja a oreja.

—Solo quería que me visitaras un ratito. Siempre me encuentro mejor cuando la luz de mi vida se sienta a mi lado y me cuenta algo.

Volví a sonreír porque yo era «la luz de su vida», «la niña de sus ojos». Siempre me decía esas cosas. Me había confesado en secreto que eso significaba que yo era su favorita, pero también me advirtió de que el secreto tenía que guardármelo para mí, para que mis primos y mis hermanas no se pusieran tristes. Era nuestro secreto.

De repente, unas manos me cogieron de la cintura y mi padre me levantó para que me sentara en la cama junto a ella. La abuela me cogió de la mano y me apretó los dedos, pero lo único que noté fue lo fría que estaba la suya. Respiraba profundamente, pero sonaba raro, como si algo le crujiera en el pecho.

—Abuela, ¿estás bien? —pregunté, y me incliné para darle un beso en la mejilla. Normalmente olía a tabaco por lo mucho que fumaba, pero ese día no olía a humo. Me sonrió.

—Estoy cansada, mi niña. Y... —Volvió a respirar y cerró los ojos un momento. Cuando los volvió a abrir, cambió de posición en la cama y dijo—: Y voy a estar lejos un tiempo.

Fruncí el ceño.

—¿Adónde vas, abuela? ¿Puedo ir contigo? —Siempre íbamos juntas de aventuras.

Ella sonrió, pero negó con la cabeza.

—No, mi niña. No puedes acompañarme al lugar adonde voy. Todavía no. Pero algún día, dentro de muchos años, nos volveremos a ver.

Detrás de mí, mamá sollozaba, pero yo solo podía mirar fijamente a la abuela, confundida.

—Pero ¿adónde vas, abuela? No lo entiendo.

—A casa, mi niña —respondió—. Me voy a casa.

—Pero estás en casa —repliqué.

—No. —Ella negó con la cabeza—. Esta no es nuestra verdadera casa, mi niña. Esta vida... es una gran aventura mientras estamos en ella. Una aventura que tenemos que disfrutar y amar con todo nuestro corazón antes de emprender la mayor aventura de todas.

Abrí los ojos con emoción, pero después me invadió la tristeza. Una tristeza enorme. El labio inferior me empezó a temblar.

—Pero somos mejores amigas, abuela. Siempre vamos juntas a vivir nuestras aventuras, no te puedes ir sin mí.

Me empezaron a rodar lágrimas por las mejillas. La abuela alzó la mano que tenía libre para secármelas. Estaba igual de fría que la que yo le estaba sosteniendo.

—Es verdad que siempre vamos juntas de aventuras, mi niña, pero esta vez no.

—¿No te da miedo ir sola? —pregunté, pero ella únicamente suspiró.

—No, mi niña, no siento ningún miedo. Nada me da miedo.

—Pero no quiero que te vayas —rogué, empezaba a dolerme la garganta.

La abuela puso su mano en mi mejilla.

—Nos seguiremos viendo en tus sueños. No es una despedida.

Parpadeé varias veces.

—¿Como cuando tú ves al abuelo? Siempre dices que te visita en sueños. Habla contigo y te besa la mano.

—Exactamente así —afirmó. Me limpié las lágrimas. La abuela me apretó la mano y miró a mi madre, que estaba detrás de mí. Cuando se volvió de nuevo hacia mí, dijo—: Tengo una nueva aventura para ti para cuando yo ya no esté.

Me quedé parada.

—¿En serio?

Detrás de mí oí el sonido de un vaso de cristal que alguien había apoyado en la mesa. El ruido hizo que quisiera darme la vuelta, pero, antes de que me diese tiempo, la abuela preguntó:

—Poppy, ¿cuál te he dicho siempre que es el mejor recuerdo de mi vida? El que siempre me hace sonreír.

—Los besos del abuelo. La dulzura de sus besos. El recuerdo de todos los besos que te dio. Me contaste que es tu recuerdo preferido. Ni el dinero, ni las cosas, sino

los besos que el abuelo te dio, porque eran especiales y te hacían sonreír, te hacían sentir querida; porque era tu alma gemela. Tu «por siempre jamás».

—Eso es, mi niña —contestó—. Entonces, para tu aventura...

La abuela volvió a mirar a mi madre. Esta vez, cuando me giré, vi que sostenía un frasco de vidrio lleno de muchísimos corazones de papel rosa.

—¡Hala! ¿Qué es eso? —pregunté con emoción.

Mi madre se lo puso en las manos y la abuela lo destapó.

—Son mil besos de un chico. Bueno, cuando los hayas rellenado.

Abrí los ojos como platos tratando de contar todos los corazones. Pero no pude, mil eran muchos.

—Poppy —me llamó la abuela, y levanté la mirada para ver brillar sus ojos verdes—. Esta es tu aventura. Así quiero que me recuerdes cuando no esté.

Volví a mirar el frasco.

—Pero no lo entiendo.

Mi abuela estiró el brazo hasta su mesilla y cogió una pluma. Me la pasó y me dijo:

—Llevo ya un tiempo enferma, mi niña, pero los recuerdos que me hacen sentir mejor son de cuando tu abuelo me besaba. No solo los besos de todos los días, sino los especiales, los que hicieron que el corazón casi se me saliera del pecho. Los que tu abuelo se aseguró de que nunca pudiera olvidar. Los besos bajo la lluvia, los besos al atardecer, los besos que nos dimos en nuestra graduación..., los besos de cuando me abrazaba con

fuerza y me murmuraba al oído que yo era la chica más guapa de la habitación.

Yo escuchaba emocionada. La abuela señaló los corazones del frasco.

—Este frasco es para que guardes el recuerdo de los besos de un chico, Poppy. Todos los que hagan que casi te estalle el corazón, los que sean más especiales, los que quieras recordar cuando seas vieja y peines canas como yo. Los que harán que sonrías cuando los recuerdes. —Señaló la pluma y siguió—: Cuando encuentres al chico que sea tu «por siempre jamás», cada vez que te dé un beso superespecial, saca un corazón. Apunta en él dónde estabais cuando te besó. Después, cuando tú también seas una abuelita, se los puedes contar todos a tu nieta, a tu mejor amiga, como yo te he contado los míos. Tendrás un frasco de tesoros con los besos más preciosos que hayan hecho volar tu corazón.

Miré el frasco y solté el aire que retenía en el pecho.

—Mil son muchos, ¡son muchísimos besos, abuela!

La abuela se rio.

—No son tantos como crees, mi niña. Sobre todo cuando encuentras a tu alma gemela. Tienes muchos años por delante.

Mi abuela respiró y contrajo la cara como si sintiera dolor.

—¡Abuela! —grité sintiendo mucho miedo de repente. Ella me apretó la mano, abrió los ojos y una lágrima rodó por su pálida mejilla—. ¿Abuela? —llamé más tranquila esta vez.

—Estoy cansada, mi niña. Estoy cansada y casi es la hora de que me vaya. Solo quería verte una última vez para regalarte el frasco, para darte un beso y poder recordarte en el paraíso todos los días hasta que nos volvamos a ver.

Otra vez empezó a temblarme el labio inferior. La abuela sacudió la cabeza.

—Sin lágrimas, mi niña. Este no es el final. Es solo una pequeña pausa en nuestra vida. Te cuidaré todos los días. Estaré en tu corazón y en el bosquecillo de los cerezos que tanto nos gusta, en el sol y en el viento.

Mi abuela cerró los ojos con fuerza y mi madre me puso las manos sobre los hombros.

—Poppy, dale un beso muy fuerte a la abuela. Está muy fatigada ya y necesita descansar.

Respiré profundamente y me incliné hacia delante para darle un beso en la mejilla.

—Te quiero mucho, abuela —susurré. Ella me acarició el pelo.

—Yo también a ti, mi niña. Eres la luz de mi vida. No olvides nunca que tu abuela te quiso tanto como una abuela puede querer a su nietecita.

Sostuve su mano y no quería soltarla, pero mi padre me alzó de la cama y nuestras manos se separaron finalmente. Abracé el frasco con mucha fuerza mientras mis lágrimas caían al suelo. Mi padre me bajó y, cuando me di la vuelta para irme, la abuela me llamó por mi nombre:

—¿Poppy? —Me volví y vi que ella sonreía—. Recuerda: «rayos de luna en el corazón y la luz del sol en la sonrisa...».

—Siempre lo recordaré —afirmé, pero no me sentía feliz. Lo único que sentía era tristeza. Oí que mi madre lloraba detrás de mí. En el pasillo, la tía DeeDee pasó junto a nosotras y me apretó el hombro. También ella estaba triste.

Ya no quería estar ahí, en aquella casa. Me giré y vi a mi padre.

—Papi, ¿puedo ir al bosquecillo de los cerezos?

Mi padre suspiró.

—Sí, cariño. En un rato voy a ver cómo estás. Ten cuidado.

Vi que sacaba el móvil y llamaba a alguien. Le pidió que me vigilara mientras estaba en el bosquecillo, pero salí corriendo antes de averiguar con quién hablaba. Me dirigí a la puerta principal, apretando el frasco vacío de los mil besos contra el pecho. Salí corriendo de casa y dejé atrás el porche. Corrí y corrí sin detenerme.

Las lágrimas me resbalaban por la cara. Oí que alguien me llamaba:

—¡Poppy! ¡Poppy, espérame!

Me di la vuelta y vi que Rune me miraba. Estaba en su porche, pero enseguida me persiguió por el jardín. Yo no me detuve ni siquiera por él. Tenía que llegar al bosque de los cerezos. Era el lugar favorito de la abuela. Quería estar en su lugar favorito porque estaba triste y ella se estaba yendo al paraíso. A su verdadero hogar.

—¡Poppy, espérame! ¡Para! —gritó Rune cuando giré en el bosquecillo del parque. Corrí al cruzar la entrada; los árboles, que estaban en flor, formaban un túnel sobre mi cabeza. Tenía el césped verde bajo mis pies

y el cielo azul sobre mi cabeza. Los árboles estaban cubiertos de pétalos rosas y blancos, muy brillantes. Y en el otro extremo del bosquecillo me esperaba el árbol más grande de todos. Su tronco era el más grueso del bosque.

Por supuesto, era el favorito de Rune, y también el mío.

Y el de la abuela.

Me quedé sin aliento. Cuando llegué al pie del árbol favorito de la abuela, me desplomé en el suelo abrazando mi frasco mientras las lágrimas me rodaban por la cara. Advertí que Rune se detenía a mi lado, pero no lo miré.

—¿Poppymin? —dijo Rune. Así me llamaba, significaba «mi Poppy» en noruego. Me encantaba que me hablara en noruego. Murmuró—: Poppymin, no llores.

Pero no podía evitarlo. No quería que la abuela me dejara, aunque supiera que tenía que ser así. Era consciente de que, cuando regresara a casa, ella ya no estaría: ni ahora, ni nunca.

Rune se dejó caer a mi lado y tiró de mí para abrazarme. Me acurruqué en su pecho y lloré. Me encantaban los abrazos de Rune: siempre me abrazaba muy fuerte.

—Es la abuela, Rune; está enferma y va a irse.

—Ya lo sé, me lo ha contado mi madre al volver de la escuela.

Asentí apoyada en su pecho. Cuando ya no pude llorar más, me senté y me enjuagué las lágrimas. Miré a Rune, que estaba observándome. Entonces traté de

sonreír y, cuando lo hice, me cogió la mano y se la llevó al pecho.

—Odio que estés triste —dijo estrechándomela. Su camiseta estaba caliente por el sol—. No quiero que estés triste nunca jamás. Eres Poppymin; siempre sonríes, siempre estás contenta.

Sorbí por la nariz y apoyé la cabeza en su hombro.

—Ya sé, pero es mi mejor amiga, Rune, y ya no estará conmigo.

Al principio Rune no dijo nada, pero después afirmó:

—Yo también soy tu mejor amigo y no me voy a ir a ninguna parte, te lo prometo. Por siempre jamás.

De repente, el dolor que sentía en el pecho dejó de ser tan fuerte. Asentí.

—Poppy y Rune hasta el infinito —dije.

—Hasta el infinito —repitió.

Nos quedamos en silencio un rato hasta que él preguntó:

—¿Para qué es ese frasco? ¿Qué hay dentro?

Retiré la mano, sostuve el frasco y lo alcé en el aire.

—La abuela me ha encomendado una nueva aventura, una que va a durar toda mi vida.

Rune bajó las cejas y la larga melena rubia le cayó sobre los ojos. Le di un pequeño empujón y él sonrió a medias, como yo. Todas las niñas de la escuela se morían de ganas de que Rune les sonriera así alguna vez, me lo habían dicho. Pero él solo me sonreía a mí. Yo les respondía que de todos modos no podían tenerlo, era mi mejor amigo y no tenía ninguna intención de compartirlo.

Rune agitó la mano señalando el frasco.

—No lo entiendo.

—¿Te acuerdas de cuáles son los recuerdos favoritos de mi abuela? Ya te lo he contado.

Vi que él se esforzaba en recordar y de repente respondió:

—¿Los besos de tu abuelo?

Asentí y cogí un pétalo de flor de cerezo rosa pálido de la rama que colgaba a mi lado. Me quedé observándolo. Eran los favoritos de la abuela. Le gustaban porque no duraban mucho tiempo. Según ella, las mejores cosas y las más bonitas no duran mucho. Decía que una flor de cerezo es demasiado hermosa para durar todo el año, y el hecho de que su vida fuera breve la hacía más especial. Como el samurái: belleza extrema, muerte rápida. Todavía no estaba muy segura de qué quería decir la abuela con eso, pero ella afirmaba que lo comprendería mejor cuando creciera.

Sin embargo, creo que tenía razón. Porque la abuela no era tan vieja, y se iba a marchar siendo aún joven; por lo menos, eso era lo que decía mi padre. Quizá por eso le gustaban tanto las flores de cerezo, porque ella era exactamente igual.

—¿Poppymin?

La voz de Rune hizo que levantara la mirada.

—¿Es eso? ¿Los recuerdos favoritos de tu abuela son los besos de tu abuelo?

—Sí, todos los besos que le dio y que hicieron que casi le estallara el corazón —respondí dejando caer el pétalo—. Ella decía que sus besos eran «lo más mejor» del mundo, porque significaban que la quería mucho,

que le importaba y que le gustaba exactamente por ser como era.

Rune bajó la mirada hacia el frasco y resopló.

—Todavía no lo entiendo, Poppymín.

Me reí por cómo apretaba los labios hasta que su cara se deformaba. Tenía unos labios bonitos, muy gruesos y con un arco de Cupido perfecto. Abrí el frasco y saqué un corazón de papel rosa en blanco. Lo sostuve entre Rune y yo.

—Esto es un beso vacío. —Señalé el frasco—. La abuela me ha dado mil para que los colecciona a lo largo de toda mi vida. —Devolví el corazón al frasco y le cogí de la mano—. Es una nueva aventura, Rune: coleccionar mil besos de un chico, de mi alma gemela, antes de morir.

—Yo..., ¿qué...? ¿Poppy? ¡No entiendo nada! —exclamó, pero por su voz me di cuenta de que estaba enfadado. Rune podía ser muy sensible a veces.

Saqué la pluma del bolsillo.

—Cuando me bese el chico al que ame, cuando el beso sea tan especial que casi me estalle el corazón, y solo en el caso de los besos extraespeciales, escribiré los detalles en uno de estos corazones. Es para cuando sea vieja y tenga canas, y les quiera hablar a mis nietos de los besos realmente únicos de mi vida y del chico que me los dio.

Me puse en pie de un salto por la emoción que me embargaba.

—Es lo que la abuela quería para mí, Rune, ¡así que no puedo perder tiempo! Quiero hacerlo por ella.

Rune también se levantó de un salto. En ese preciso momento, una ráfaga de viento lanzó unos cuantos pétalos de flor de cerezo justo donde estábamos nosotros y sonreí. Pero él no sonreía. De hecho, parecía muy enfadado.

—¿Besarás a un chico para tu frasco? ¿Uno especial, al que ames? —preguntó.

Asentí.

—¡Mil besos, Rune! ¡Mil!

Él negó con la cabeza y frunció los labios otra vez.

—¡NO! —rugió, y al instante se me borró la sonrisa de la cara.

—¿Qué? —pregunté.

Dio un paso hacia mí sacudiendo la cabeza con más fuerza.

—¡No! ¡Yo no quiero que beses a ningún chico para tu frasco! ¡No lo permitiré!

—Pero... —Trataba de hablar cuando me cogió de la mano.

—Eres mi mejor amiga —afirmó, y sacó pecho mientras me cogía de la mano—. ¡No quiero que vayas por ahí besando a chicos!

—Pero tengo que hacerlo —le expliqué señalando el frasco—. Tengo que vivir mi aventura. Mil besos son muchos, Rune. ¡Muchos! Tú seguirás siendo mi mejor amigo. Para mí, nadie será más importante que tú, no seas tonto.

Me miró fijamente y después al frasco. Me volvió a doler el pecho. Por su expresión, me di cuenta de que no estaba contento; otra vez se había puesto sensible.

Di un paso hacia mi mejor amigo y él fijó su mirada en la mía.

—Poppymín —dijo con una voz más profunda, clara y fuerte—. ¡Poppymín significa «mi Poppy»! Hasta el infinito, por siempre jamás. ¡Tú eres MI Poppy!

Abrí la boca para devolverle el grito, para decirle que era una aventura y que tenía que comenzar, pero, cuando me disponía a hacerlo, Rune se inclinó hacia delante y de repente apretó sus labios contra los míos.

Me quedé paralizada. Al sentir la presión de sus labios, fui incapaz de mover un solo músculo. Sus labios eran cálidos y sabían a canela. El viento sopló haciendo que su cabello largo revoloteara por mis mejillas y me hiciera cosquillas en la nariz.

Rune se separó, pero mantuvo su cara cerca de la mía. Traté de respirar, aunque sentía algo raro en el pecho, algo ligero y suave. Y el corazón me latía muy rápido. Tanto que puse la mano encima para sentir cómo se me aceleraba bajo la piel.

—Rune —susurré. Alcé una mano para tocarme los labios con los dedos. Rune parpadeó una y otra vez mientras me observaba. Extendí una mano hacia él y toqué sus labios—. Me has besado —murmuré sorprendida.

Él levantó una mano para tomar la mía y las bajó, unidas, a un lado.

—Yo te voy a dar esos mil besos, Poppymín. Todos. Nadie más que yo te va a besar jamás.

Abrí los ojos como platos, pero mi corazón no se tranquilizó.

—Algo así sería para siempre, Rune. Que nunca me besara nadie más significaría que estaríamos juntos por siempre jamás.

Rune asintió y luego sonrió. No sonreía mucho, y normalmente lo hacía a medias o con ironía. Sin embargo, debería sonreír más, porque estaba muy guapo.

—Ya lo sé, porque nosotros somos por siempre jamás. Hasta el infinito, ¿te acuerdas?

Asentí despacio e incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Tú vas a darme todos los besos, los suficientes para llenar todo este frasco? —le pregunté.

Rune, de nuevo, me sonrió un poco.

—Todos. Llenaremos el frasco entero y más..., vamos a coleccionar más de mil.

Contuve el aliento. De repente me acordé del frasco. Le solté la mano para coger la pluma y abrir la tapa del frasco. Saqué un corazón en blanco y me senté a escribir. Rune se arrodilló a mi lado y puso su mano sobre la mía, impidiendo que escribiera.

Levanté la mirada, confusa. Tragó saliva, se acomodó el cabello detrás de la oreja y me preguntó:

—Cuando..., cuando te he besado... ha sido..., ¿tu corazón casi ha estallado? ¿Ha sido extraespecial? Has dicho que solo los besos extraespeciales podían entrar en el frasco. —Tenía las mejillas muy rojas y desvió la mirada al hablar.

Sin pensarlo, me incliné hacia delante y rodeé el cuello de mi amigo con los brazos. Apreté mi mejilla contra su pecho y escuché su corazón: latía tan deprisa como el mío.

—Sí, Rune, ha sido tan especial como puede serlo algo verdaderamente especial.

Sentí que él sonreía junto a mí y me aparté. Crucé las piernas y puse el corazón de papel sobre la tapa del frasco. Rune también se acomodó con las piernas cruzadas.

—¿Qué vas a escribir? —me preguntó.

Me di golpecitos en los labios con la pluma mientras me esforzaba en pensar. Me incorporé y me incliné hacia delante, apoyando la pluma en el papel:

Beso 1

Con mi Rune.

En el bosquecillo de los cerezos.

Casi me estalla el corazón.

Cuando terminé de escribir, devolví el corazón al frasco y cerré con fuerza la tapa. Miré a Rune, que no había dejado de observarme, y anuncié con orgullo:

—Listo. ¡Mi primer beso de un chico!

Rune asintió, pero bajó la mirada a mis labios.

—¿Poppymín?

—¿Sí? —susurré. Rune me cogió la mano y empezó a trazar dibujos en el dorso con la yema del dedo.

—¿Puedo... puedo besarte otra vez?

Tragué saliva sintiendo mariposas en el estómago.

—Me quieres besar otra vez... ¿ya?

Rune asintió con la cabeza.

—Hace tiempo que quería besarte y, bueno, eres mía y me gusta. Me ha gustado besarte, sabes a azúcar.

—Me comí una galleta en el almuerzo. De nuez con mantequilla, las favoritas de la abuela —le expliqué.

Rune respiró profundamente y se inclinó sobre mí. El pelo le voló hacia delante.

—Quiero hacerlo otra vez.

—Está bien.

Y me besó.

Me besó y me besó y me besó.

Al final del día, tenía otros cuatro besos de un chico en el frasco.

Cuando llegué a casa, mi madre me anunció que la abuela ya se había ido al cielo. Corrí a mi cuarto lo más rápido que pude y me esforcé por quedarme dormida. Tal como me había prometido, la abuela se me apareció en sueños, así que le hablé de los cinco besos de Rune.

La abuela puso una gran sonrisa y me besó en la mejilla.

Sabía que esta iba a ser la mejor aventura de mi vida.